

PRIMERA PARTE LA TRAICIÓN

En siete años Carlomagno ha conquistado toda Estaña, salvo Zaragoza, ciudad que rige el rey moro Marsil, quien, incapaz de ahuyentar a los franceses, acepta el consejo del anciano Blancandrín: ofrecer a Carlomagno riquezas y tesoros para que se vuelva a Francia, y prometerle, engañosamente, que poco después el propio Marsil lo seguirá para hacerse cristiano: ello garantizado con la entrega de mujeres e hijos de los principales sarracenos como rehenes.

El rey Carlos, nuestro emperador magno ha estado siete años enteros en España; conquistó la tierra alta hasta el mar, no hubo castillo que se le resistiera, ni muro ni ciudad que no haya destruido, salvo Zaragoza que está en una montaña. La tiene en su poder el rey Marsil, que no ama a Dios pues sirve a Mahoma e invoca a Apolín; pero no puede evitar que no le alcance algún mal.

El rey Marsil está en Zaragoza; se encamina hacia un jardín umbroso y se recuesta sobre una grada de mármol azulado; tiene a su alrededor a más de veinte mil hombres. Se dirige así a sus duques y a sus condes:

- Oid señores qué desgracia nos abruma: Carlos, el emperador de la dulce Francia, ha venido a este país para destruirnos. No tengo ejército que le dé batalla, ni tengo tal gente que derrote a la suya. Aconsejadme como mis hombres sabios y salvadme de muerte y deshonor.

Ni uno sólo de los presentes le responde una palabra, excepto Blancandrín del Castillo de Valfonda.

Blancandrín era uno de los paganos más prudentes; un caballero muy valiente y de gran lealtad para ayudar a su señor. Le dijo al rey:

- No desfallezcáis, envid al orgulloso y altivo Carlos muestras de fiel servicio y de gran amistad. Le llevaréis osos, leones y perros, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientos mulos cargados de oro y de plata, con lo que llenará cincuenta carros: bien podrá así pagar a sus soldados.

En esta tierra ya ha guerreado mucho: debe regresar a Francia, a Aix. Vos le seguiréis para la fiesta de San Miguel, recibiréis la ley de los cristianos y seréis su vasallo para honor y para bien. Si quiere rehenes le enviáis diez o veinte para que confie; le enviaremos a los hijos de nuestras mujeres y aún con riesgo de muerte le enviaré al mío. Es mejor que pierdan ellos sus cabezas a que nosotros perdamos nuestros honores y posesiones, lo que nos llevaría a mendigar.

Dijo Blancandrín:

- Por mi diestra y por la barba que ondea sobre mi pecho, veréis deshecha enseguida la hueste de los franceses y los francos" se irán a Francia, a su tierra. Cuando cada uno haya regresado a su lugar, Carlos estará en Aix, en su capilla, y celebrará la gran fiesta de San Miguel. Llegará el día, habrá vencido el plazo y no tendrá de nosotros ni palabras ni noticias. El rey es orgulloso y su carácter terrible: hará cortar las cabezas de nuestros rehenes. Pero es mejor que ellos pierdan sus cabezas a que nosotros perdamos la hermosa y clara España y tengamos que soportar males y sufrimientos.»

Dicen los paganos:

- Bien puede suceder esto (...)

EMBAJADA DE BLANCANDRÍN

Blancandrín, al frente de una embajada, va al Campamento de Carlomagno, que está en Cordres, y ante el emperador y sus principales caballeros exponen lo que Marsil ha decidido. Roldán, sobrino de Carlomagno, rechaza la propuesta porque Marsil es un traidor que hizo decapitar a unos emisarios que el emperador le envió en son de paz, y exige que Zaragoza sea sitiada hasta que se rinda. Pero Ganelón, padrastro de Roldán, expone que hay que acceder a la proposición de Marsil, a lo que se adhiere el viejo duque Naimón.

(...)El emperador está alegre y contento, ha tomado Cordres y ha destrozado las murallas, con sus catapultas ha derribado las torres. Sus caballeros consiguen gran botín de oro, plata y ricos guarnimientos. No ha quedado pagano en la ciudad que no haya sido muerto o se haya hecho cristiano.

El emperador está en un gran jardín, junto a él Roldán y Oliveros, el duque Sansón, el orgulloso Anseis y Godofredo de Anjou, el gonfalonero del rey; también están allí Gerín y Gerers. Había también allí muchos otros, unos quince mil de la dulce Francia. Los caballeros estaban sentados sobre sedas blancas, para distraerse jugaban a las tablas y los más sabios y los más viejos al ajedrez; y los jóvenes hacían esgrima con agilidad. Bajo un pino, junto a un rosal silvestre, en un trono de oro puro estaba sentado el rey que posee la dulce Francia. Blanca es su barba y la cabeza florida, su cuerpo está bien formado y el continente altivo. Si alguien pregunta por él, no es necesario que se lo enseñen. Los mensajeros pusieron pie a tierra y le saludaron con amor y con bien.

Blancandrín fue el primero en hablar y dijo al rey:

- ¡Dios glorioso a quien adoramos, os salve! He aquí lo que manda que se os diga el noble rey Marsil: hace mucho tiempo que ha buscado la ley de salvación; os quiere dar mucho de lo que posee: osos, leones, galgos atraillados, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientos mulos cargados de oro y de plata y cuarenta carros que haréis carretear, y tantos besantes relucientes que bien podréis pagar a vuestros soldados. Ya habéis estado mucho tiempo en este país, debéis regresar a Francia, a Aix. Mi señor dice que os seguirá hasta allí.

El emperador tiene la cabeza gacha, nunca se había apresurado al hablar, tenía por costumbre hablar cuando quería. Cuando la irguió su aspecto era orgulloso, y dijo a los mensajeros:

- Habéis hablado muy bien. El rey Marsil es mi gran enemigo; de todo lo que aquí habéis hablado, ¿en qué medida puedo fiarme?

Dijo el sarraceno:

- Se compromete con los diez, quince o veinte rehenes que tendréis. Con peligro de su vida pondrá entre ellos a un hijo mío, y aún habrá otros más nobles, creo yo. Cuando estéis en el palacio señorial, en la gran fiesta de San Miguel del Peligro, dice mi señor que os seguirá hasta allí. Y dentro de los baños que Dios hizo allí para vos, se hará cristiano.

Carlos contestó:

- Aún podrá salvarse.

(...)

Bella es la tarde y el sol luce muy claro. Carlos hizo dar establo a los diez mulos y el rey ordenó montar una tienda en el gran jardín, allí hizo albergar a los diez mensajeros. Doce servidores les dieron provisiones; y pasaron allí la noche hasta que aclaró el día. El emperador se levantó de mañana, ha oído misa y maitines. Se dirige hacia un pino y convoca a sus barones para llevar a término su consejo: en todo quiere proceder de acuerdo con los de Francia: al duque Ogier, al arzobispo Turpín, a Ricardo el viejo y a su sobrino Enrique, al noble conde Acelín de Gascuña, a Teobaldo de Reims y a su primo Milón; también estaban Gerers y Gerín y se unió a ellos el conde Roldán y Oliveros, el noble y el gentil. Había más de mil de los francos de Francia. Y llegó allí Ganelón, el que hizo la traición. Ahora va a comenzar el consejo que tuvo un mal comienzo.

Carlomagno explica la propuesta de Marsil habló Roldán

- ¡No creáis a Marsil!...El rey Marsil se portó como un traidor; os envió quince de sus paganos, cada uno llevaba una rama de olivo y os dijeron estas mismas palabras. Tomasteis consejo con vuestros franceses y algunos os aconsejaron con ligereza. Enviasteis al pagano a dos de vuestros condes: uno era Basan y el otro Basilio que perdieron la cabeza en los montes de Altília. Haced la guerra como la habéis empezado; enviad vuestra hueste levada Zaragoza y ponedle sitio. ¡Por vuestra vida, vengad a los que el felón hizo matar!

El emperador tiene la cabeza gacha, se acaricia la barba y se atusa el bigote; ni una cosa ni otra responde a su sobrino. Los franceses callan, excepto Ganelón: se puso en pie y se colocó delante de Carlos y con mucho orgullo empezó su discurso diciéndole al rey:

- ¡No hagáis caso a un cobarde, tanto si soy yo como si es otro, si no es en vuestro provecho! Cuando el rey Marsil manda que se os diga que, con las manos juntas, se hará vuestro vasallo²⁶, que tendrá toda España de vos y que luego recibirá nuestra ley, quien os aconseja que rechazemos esta propuesta no le importa de

qué muerte muramos, señor. Un consejo con orgullo no es justo que sirva para algo. ¡Dejemos a los necios, comportémonos como sensatos!

Se decide enviar un mensajero a Marsil para que concrete los tratos, misión que se sabe peligrosa y para la que se ofrecen Naimón, Roldán, su compañero Oliveros y el arzobispo Turpín, todos rechazados por Carlomagno; hasta que Roldán propone que lleve el mensaje su padrastro Ganelón, lo que encoleriza a éste, pero acepta y hace disposiciones sobre su familia por si no regresa. Carlomagno entrega a Ganelón el bastón y el guante, símbolos de su investidura como embajador; pero el último se le cae al ir a cogerlo, lo que se interpreta como un mal presagio.

(...)

Dice Roldán:

– Será Ganelón, mi padrastro.

Dicen los franceses:

– Puede hacerlo bien; si lo rechazáis no enviaréis otro más prudente».

El conde Ganelón se encolerizó. Se arrancó del cuello las grandes pieles de marta y se quedó con la túnica de seda. Tenía los ojos grises y el aspecto arrogante, el cuerpo bien formado y los hombros anchos: se mostraba tan hermoso que todos los pares lo miraban.

Dijo a Roldán:

– Necio, ¿por qué te enfureces? Todos saben que soy tu padrastro y que me has designado para que vaya a Marsil. Si Dios permite que vuelva de allí, te causaré tan gran mal que durará toda tu vida.

Responde Roldán:

– Oigo palabras orgullosas y necias; todos saben que no hago caso de las amenazas. Pero debe llevar el mensaje un hombre sensato: si el rey lo quiere, estoy presto a llevarlo en vuestro lugar.

Responde Ganelón:

– ¡No vas a ir en mi lugar! Tú no eres mi vasallo ni yo soy tu señor. Carlos ordena que sea yo el que le sirva. Iré a Zaragoza, a Marsil; pero antes haré alguna ligereza que calme la cólera que me invade.

Al oírle, Roldán se echó a reír. Cuando Ganelón ve la risa de Roldán fue tal su rabia que por poco no revienta de ira; y dice al conde:

– No os amo: habéis hecho una mala elección. Justo emperador, me presento ante vos: quiero cumplir vuestra orden. Bien sé que debo ir a Zaragoza; y quien va allí no regresa. Pero, por encima de todo, tengo [por esposa] a vuestra hermana y tengo un hijo, no hay otro más hermoso: es Baldovinos, que será noble, yo os lo digo. A él le dejo mis honores y feudos. Protegedlo bien, pues mis ojos no le volverán a ver.

Carlos le contesta:

– Tenéis el corazón demasiado tierno; puesto que os lo ordeno, debéis ir.

Y añade el rey:

– Acercaos, Ganelón, para recibir el bastón y el guante. Ya lo habéis oído; los francos os han elegido.

– Señor —dijo Ganelón—, todo lo ha hecho Roldán. Mientras viva no le amaré, ni a Oliveros porque es su compañero, ni a los doce pares porque le quieren tanto. Aquí mismo, ante vos, les desafío, señor.

Dice el rey:

– Tenéis muy mal talante. Os iréis, ciertamente, puesto que yo lo ordeno.

– Iré, pero no tendré protección como no la tuvo Basilio ni su hermano Basan.

El emperador le tiende su guante diestro; el conde Ganelón quisiera no estar allí.

Cuando va a cogerlo se le cae al suelo.

Los franceses dicen:

– ¡Dios mío!, ¿qué querrá decir esto?, por causa de este mensajero tendremos una gran pérdida.

(...)

– Señor —dijo Ganelón—, dadme licencia; ya que debo ir no quiero demorarlo más.

Responde el rey:

– En nombre de Jesús y en el mío». Con la mano derecha lo ha absuelto y santiguado y luego le entrega el bastón y el mensaje.

El conde Ganelón se dirige a su hospedaje. Empieza a preparar su equipaje, poniéndose encima lo mejor que tiene: se sujeta los pies con espuelas de oro, se ciñe al costado su espada Murgleis y monta su caballo Tachebrún, manteniéndole el estribo su tío Guinemer.

¡Si vierais cómo lloran los caballeros! Todos le dicen:

– ¡Qué desgraciado sois, caballero! Mucho tiempo habéis estado en la corte del rey y se os tenía por noble vasallo. Quien os eligió para que tuvieseis que ir no será defendido por Carlomagno. El conde Roldán no debió acordarse de que descendéis de un gran linaje.

Y, tras esto, añaden:

– ¡Señor, llevadnos con vos!

Ganelón les contesta:

– ¡No lo quiera Dios! Es mejor que muera yo sólo que tantos buenos caballeros. Señores, iréis a la dulce Francia y saludaréis de mi parte a mi mujer y a Pinabel mi amigo y mi par, y a Baldovinos, mi hijo al que conocéis: ayudadlo y tenedlo por señor.

Toma la ruta y se pone en camino.

(...)

En el camino hacia Zaragoza Ganelón imbuje en el ánimo de Blancandrín que mientras Roldán esté al lado de Carlomagno éste no dejará de atacar a Marsil, y ambos se juramentan y traman la muerte de Roldán.

En Zaragoza Ganelón expone a Marsil que Carlomagno acepta que se haga cristiano y que incluso le ofrece media España como feudo, si lo hace; pero si no se aviene a ello, será llevado a Francia y ejecutado. Estos términos provocan una situación violenta, porque han sido expuestos ante los sarracenos principales que rodeaban a Marsil; pero Blancandrín aconseja a su rey que hable con Ganelón privadamente. Una vez solos, Ganelón le propone que envíe ricos presentes a Carlomagno y rehenes para garantizar su lealtad; y así se volverá a Francia con sus huestes, en cuya retaguardia pondrá a Roldán, a Oliveros y a los doce pares, con veinte mil francos. Cuando el emperador haya cruzado el puerto de Sícera, los moros podrán caer sobre la retaguardia, y Roldán perderá la vida. De esta suerte la fuerza militar de Carlomagno quedará destrozada, y Marsil, tranquilo.

Marsil se encendió de ira, rompió el sello y arrojó la cera y vio las razones escritas:

– Carlos, que tiene el dominio de Francia, me manda decir que recuerde el dolor y la cólera que tuvo por Basan y su hermano Basilio a los que corté la cabeza en los montes de Altilia. Si quiero conservar la vida he de enviarle a mi tío el califa, de lo contrario no me amará.

(...)

El rey se dirige hacia el jardín llevando consigo a sus mejores vasallos; y también acuden allí Blancandrín, el canoso y Jurfaret, su hijo y heredero, y el califa, su tío y su fiel.

Dijo Blancandrín:

– Llamad al francés, pues me ha jurado fidelidad en vuestro provecho.

Le dijo el rey:

– Traédmelo vos.

Tomó a Ganelón por la mano derecha y lo llevó al jardín, ante el rey. Allí confabularon la injusta traición.

– Buen señor —le dijo Marsil—, me he comportado con vos con ligereza al mostraros mi cólera intentando golpearos. Os doy en prenda estas pieles de cibelina, el oro que hay en ellas vale más de quinientas libras, y antes de la noche de mañana tendréis una buena reparación. Responde Ganelón:

– No las rechazo; que Dios os lo recompense, si le place. Dice Marsil:

– Sabed la verdad, pues deseo demostraros gran amor. Quiero que me habléis de Carlomagno; está muy viejo, ya ha vivido mucho, en mi opinión tiene más de doscientos años. Ha recorrido tantos países, ha recibido tantos golpes en su escudo broquelado, ha llevado a la mendicidad a tantos reyes; ¿cuándo se cansará de guerrear? Responde :

– Carlos no es de éstos; quien le ve y le conoce lo sabe y dice cuán noble es el emperador. No os sé decir su mérito y bondad. ¿Quién podría contar su gran valor? Dios le ha iluminado con tal nobleza que prefiere morir que abandonar a sus barones. Dijo el pagano:

– Mucho me asombra Carlomagno que está canoso y viejo; en mi opinión tiene doscientos años o más. Ha fatigado su cuerpo por tantas tierras; ha recibido tantos golpes

con lanzas y azconas y a tantos reyes poderosos ha llevado a mendigar. ¿Cuándo se cansará de hacer la guerra?

– Esto no será —dijo—, mientras viva su sobrino. No existe otro vasallo como él bajo el cielo; y muy valiente es su compañero Oliveros. Los doce pares que Carlos tiene en tanta estima forman las avanzadas con veinte mil caballeros: Carlos está seguro, pues no teme a ningún hombre.

(...)

– Noble señor Ganelón —dijo el rey Marsil—, nunca veréis gente mejor que la mía; puedo tener hasta cuatrocientos mil caballeros. ¿Puedo combatir con ellos a Carlomagno y a los franceses?

Ganelón contesta:

– No por esta vez; perderíais a muchos de vuestros paganos. Dejad la insensatez y ateneos a la prudencia. Dad al emperador tanto dinero que no haya ni un francés que no se asombre. El rey regresará a la dulce Francia con los veinte rehenes que le enviéis. Detrás de él irá la retaguardia; creo que allí irá el conde Roldán y Oliveros, el noble y el cortés. Los condes morirán, si me hacéis caso. Carlos verá derrumbarse su gran orgullo y no tendrá deseo de hacer la guerra jamás.

– Noble señor Ganelón —dice el rey Marsil—, ¿cómo podré matar a Roldán?

Ganelón responde:

– Yo os lo diré. El rey llegará a los grandes puertos de Sícera y habrá dejado atrás su retaguardia; allí estará su sobrino, el noble conde Roldán, y Oliveros, en quien tanto confía; les acompañarán veinte mil francos. Enviadles cien mil de vuestros paganos, y que éstos sean los primeros en empezar la batalla. La gente de Francia quedará herida y maltrecha; y os digo que habrá allá martirio de los vuestros. Dadles de nuevo otra batalla; Roldán no escapará de la una o de la otra. Habréis así realizado una valiente caballería y no tendréis más guerras en toda vuestra vida. Si se pudiera conseguir que Roldán muriera, Carlos perdería su brazo derecho y desaparecerían las huestes aguerridas; Carlos nunca podrá reunir tantas fuerzas y la Tierra de los Mayores quedará en reposo.

Al oírle, Marsil le besó en el cuello y mandó traerle sus tesoros. Marsil dijo:

– ¿Por qué hablar más? (...) Juradme que traicionaréis a Roldán.

Responde Ganelón:

– Sea como queráis.

Y juró sobre las reliquias de su espada Murgleis llevar a cabo la traición; y así cometió el mal.

Varios sarracenos y la reina Bramimonda, esposa de Marsil, hacen ricos presentes a Ganelón; el cual regresa al campamento de Carlos con mulos cargados con el tesoro que Marsil ofrece al emperador. Ganelón explica que Marsil antes de un año irá a Francia para recibir el bautismo; y los franceses emprenden el regreso a su tierra. GANELÓN REGRESA JUNTO A CARLOMAGNO

Ganelón, el traidor, el perjuro, se llegó hasta allí y con gran astucia empezó a hablar y le dio al rey:

– ¡Dios os salve, señor! Os traigo las llaves de Zaragoza, grandes riquezas y veinte rehenes que deben estar bien vigilados. El noble rey Marsil os manda decir que no debéis criticarle por lo del califa, pues mis ojos han visto a cuatrocientos mil hombres armados, revestidos con las lorigas, algunos con los yelmos puestos y ceñidas las espadas de pomos nielados en oro, que lo conducían hasta la orilla del mar. Huían porque no querían hacerse cristianos. Pero antes de que hubieran singlado cuatro leguas les sobrevino una tempestad y una tormenta y allí mismo se ahogaron: no les veréis nunca más. Si hubiera sobrevivido lo hubiera traído ante vos. Creedme, señor, antes de que haya pasado este primer mes el rey pagano os seguirá hasta el reino de Francia, y recibirá vuestra ley: con las manos juntas estará a vuestras órdenes y recibirá de vos el reino de España. Dijo el rey:

– ¡Gracias sean dadas a Dios! Habéis hecho muy bien, tendréis una gran recompensa. Mil clarines sonaron en las filas; los francos levantan el campamento y empiezan a cargar los mulos: han emprendido la marcha hacia la dulce Francia.

Carlomagno ha devastado España, ha tomado los castillos y ha entrado en las ciudades. Dice el rey que su guerra ha concluido y hacia la dulce Francia cabalga el emperador. El conde Roldán planta su enseña sobre una colina y la levanta hacia el cielo. Los francos acampan por toda la comarca. Los paganos cabalgan a través de los anchos valles, revestidos con las lorigas y con las cotas de doble espesor, los yelmos atados y las espacias al cinto, los escudos al cuello y las lanzas preparadas. En lo alto de los montes, en un bosquecillo, descansan; son cuatrocientos mil esperando que amanezca.

¡Dios mío, qué dolor que no lo sepan los franceses!

Por la noche Carlomagno tiene dos sueños que le pronostican desastres; y al día siguiente, cuando llegan a las inmediaciones de las grandes montañas (los Pirineos), pregunta a los suyos quién se hará cargo del mando de la retaguardia, y Ganelón se precipita a designar a su hijastro Roldán, lo que es aceptado por éste con insolencia. Roldán recibe del emperador el arco que simboliza su mandato militar, y se le unen los doce pares, que eligen a veinte mil caballeros para formar la retaguardia.

Pasa el día y llega la noche. Carlos, el poderoso emperador, duerme. Soñó que estaba en los altos puertos de Sicera y sostenía entre sus manos su asta de fresno. El conde Ganelón se la ha arrebatado y con tan gran ira la ha roto y quebrado que las astillas vuelan al cielo. Carlos duerme, nada le despierta. Después de ésta, tuvo otra visión: estaba en Francia, en Aix, su capilla, y un feroz verraco le mordía en el brazo derecho. Por el lado de las Ardenas vio venir un leopardo que dio un gran salto. Entró en la sala un perro y se acercó a Carlos dando saltos y a galope. Al primer verraco le mordió en la oreja derecha y con ferocidad luchó con el leopardo. Los franceses comentan que era un gran combate, pero no sabían cuál de ellos vencería. Carlos duerme, nada le despierta.

(...) Ganelón, siguiendo sus planes de traición, propone a Roldán que ve sus intenciones, pero acepta.

El conde Roldán ha subido a una montaña; lleva una cota, jamás se vio otra mejor; enlaza su yelmo que es propio de un barón; se ciñe a Durandarte, cuyo puño es de oro y se pone al cuello un escudo de Sajonia. No quiere montar más que en Veillantif. Toma su azcona cuyo gonfalon es blanco; las bandas de oro le penden hasta el puño. Ahora verá quien le amará o no.

Dicen los franceses:

– Y nosotros os seguiremos

El conde Roldán montó en el caballo, hacia a él llega su compañero Oliveros, y llega Gerín y el noble conde Gerers; llegan Otón y Berenguer y Astor y el orgulloso Ansies y también Gerardo de Rosellón, el viejo; y el rico duque Gaiferos. Dijo el arzobispo:

– Iré yo, ¡por mi cabeza!

– Y yo os acompañaré —dijo el conde Gualter—, soy vasallo de Roldán y no debo fallarle.

Entre ellos eligieron a veinte mil caballeros.

SEGUNDA PARTE LA BATALLA DE RONCESVALLES

El grueso del ejército francés atraviesa los montes y llega hasta alcanzar Gascuña con la vista; y la retaguardia, mandada por Roldán, aún está en España, cuando Marsil reúne en Zaragoza un ejército de cuatrocientos mil hombres, mandado por doce pares sarracenos que proclaman sus bravatas contra Roldán y los franceses, a los que esperan atacar en Roncesvalles.

(...)

Altos son los montes y tenebrosos los valles, las rocas oscuras y los desfiladeros profundos. Los franceses pasaron aquel día con grandes esfuerzos; el estruendo se podía oír desde quince leguas. Así que llegaron a la Tierra de los Mayores vieron Gascuña, tierra de su señor; entonces se acordaron de los feudos y de las posesiones, de las doncellas y de las gentiles esposas: no hay ni uno que no llore de pena. Carlos es el más angustiado de todos ellos: ha dejado a su sobrino en los desfiladeros de España. Está muy apenado y no puede evitar el llanto.

Los doce pares han quedado en España, les acompañan veinte mil francos que no tienen miedo a la muerte. El emperador vuelve a Francia. Bajo su manto oculta el rostro. A su lado cabalga el duque Naimón y le dice al rey:

– ¿De qué os apenáis?

Carlos contesta:

– Quien me lo pregunta hace mal. Tengo tan gran dolor que no puedo dejar de lamentarme: Francia será destruida por culpa de Ganelón. Anoche tuve la visión de un ángel: quien designó a mi sobrino para la retaguardia me quitaba de las manos mi lanza y la hacía pedazos. Y yo lo he dejado en una marca extranjera. ¡Dios mío, si le pierdo no tendré quien lo reemplace!

Carlomagno no puede contener el llanto; cien mil francos se compadecen por él y sienten temor por Roldán.

Mientras, los hombres de Marsil preparan la traición, varios guerreros se ofrecen para acabar con Roldán.

(...) Al otro lado estaba Chernublo de Monegros, los cabellos, le ondean hasta el suelo. Como apuesta, para divertirse, lleva un peso tan grande que no lo podrían acarrear siete mulos. Dicen que en aquella tierra donde él vive no brilla el sol ni crece el trigo, no llueve nunca y no cuaja el rocío, las piedras son negras y algunos dicen que los diablos viven allí.

– He ceñido mi buena espada —dijo Chernublo—, en Roncesvalles se volverá roja. Si se me cruza en el camino el noble Roldán y no le ataco nadie lo creará y conquistaré Durandarte con la mía. Morirán los franceses y Francia será desgraciada.

(...)

DISPUTA ENTRE ROLDÁN Y OLIVEROS

Oliveros oye el estruendo, sube a una colina y ve a los sarracenos que se aproximan. Comprende que Ganelón los ha traicionado y pide a Roldán que haga sonar su olifante, o cuerno de guerra, para que lo oiga Carlomagno y acuda a socorrerlos. Roldán se niega a ello, porque sería una cobardía pedir socorro; y Oliveros, que insiste en la desproporción que hay entre sus fuerzas (veinte mil hombres) y las que se aprestan a atacarlos (cuatrocientos mil), no consigue convencerlo. Roldán prepara a los suyos para la batalla que se aproxima, los exhorta a resistir, y la retaguardia se interna en los angostos desfiladeros.

7

Los paganos se arman con lorigas sarracenas, la mayoría son de triple espesor. Enlazan sus buenos yelmos zaragozanos, ciñen las espadas de acero vianés; sus escudos son hermosos, las lanzas valencianas y los gonfalones blancos, azules y rojos. Dejan los mulos y todos los palafrenes, montan en los corceles y empiezan a cabalgar apretadamente.

Claro era el día y el sol muy bello; no hay guarnimiento que no reluzca. Suenan mil clarines para que todo parezca más bello. Es tan grande el estruendo que los franceses lo oyeron. Dijo Oliveros:

– Señor compañero, creo que habrá batalla con los sarracenos.

Le responde Roldán:

– ¡Y que Dios nos la conceda! Debemos permanecer aquí por nuestro rey; el vasallo debe soportar angustias por su señor y aguantar grandes calores y grandes fríos y debe estar dispuesto a dejar la piel y el cuero. Ahora que cada uno se preocupe en asestar grandes golpes para que no se cante de nosotros una mala canción. En los paganos está el error y en los cristianos la razón. Nunca daré mal ejemplo.

(...)

Oliveros ha subido a una colina. Desde allí ve muy bien el reino de España y a tantos sarracenos reunidos: brillan sus yelmos recubiertos de oro y sus escudos y lorigas azafranadas, y las lanzas con los gonfalones puestos. No podía contar el número de escuadrones: tantos hay allí que no sabe cuántos. Muy inquieto bajó de la colina lo más deprisa que pudo y se acercó a los francos para contarles todo.

Dijo Oliveros:

– He visto a los paganos, nunca nadie vio tantos. Los que van delante son cien mil con los escudos, atados los yelmos y vestidas las blancas lorigas; brillan las oscuras lanzas con las astas erguidas. Tendréis una batalla como jamás la hubo. ¡Señores franceses, recibid la fuerza de Dios! Permaneced en el campo para que no seamos vencidos.

Dicen los franceses:

– ¡Maldito sea quien huya! Hasta la muerte ninguno ha de fallaros.

Dijo Oliveros:

– Los paganos tienen un gran ejército y parece que nuestros franceses son muy pocos. Compañero Roldán, tañed vuestro cuerno, Carlos lo oirá y volverá la hueste (...)

Responde Roldán:

– No plazca a Dios Padre ni a María, su dulce madre, que a causa de los paganos pierda mi última fama. Por el contrario golpearé con mi espada Durandarte que quedará ensangrentada hasta mis manos. En mala hora se reunieron los traidores paganos. Prefiero morir a que Francia sea deshonrada por ello.

– Compañero Roldán, ¡tañed el olifante! lo oirá Carlos y hará que regrese la hueste; el rey y sus barones nos socorrerán.

Respondió Roldán:

– No quiera Dios que por mi causa sean afrentados mis parientes, ni que la dulce Francia caiga en la vileza. Por el contrario daré muchos golpes con Durandarte, mi buena espada que llevo ceñida al costado; veréis la hoja completamente ensangrentada. Para su desgracia se reunieron los traidores paganos; os juro que morirán.

– Compañero Roldán, ¡tañed vuestro olifante! Lo oirá Carlos que está atravesando los puertos; os aseguro que los francos regresarán.

– ¡No quiera Dios que jamás nadie pueda decir que por los paganos hice sonar el cuerno! — le responde Roldán —; mis parientes no serán reprochados por ello. Cuando esté en la gran batalla asestaré mil setecientos golpes y veréis el acero ensangrentado de Durandarte. Los franceses son buenos guerreros y lucharán con valor, y los de España no tendrán quién los salve de la muerte.

Dijo Oliveros:

– No veo deshonra en ello. He visto a los sarracenos de España que han cubierto los valles, las montañas, las laderas y todas las llanuras. Son muchas las huestes de esta gente extraña y nuestra compañía es muy pequeña.

Responde Roldán:

– Aumentan mis bríos. No quiera Dios ni sus santos ni sus ángeles que por mi culpa Francia pierda su fama. Prefiero morir que vivir con deshonra: por luchar bien nos ama el emperador.

Roldán es valiente y Oliveros es sensato; ambos tienen extraordinario valor. Cuando están a caballo y con las armas no esquivan un combate por [miedo] a morir. Buenos son los condes y sus palabras de gran nobleza. Los traidores paganos cabalgan llenos de odio. Oliveros dice:

– ¡Ved cuántos hay, Roldán! Están muy cerca de nosotros y Carlos demasiado lejos. No os dignasteis sonar vuestro olifante; si estuviera aquí el rey no sufriríamos daño alguno. Mirad hacia arriba, hacia los puertos de Aspre, podréis ver la desgraciada retaguardia; quien esté en ella no podrá estar en otra jamás.

Respondió Roldán:

– ¡No digáis tal ultraje; maldito sea el corazón que se acobarda! Aguantaremos firmes en este lugar; nosotros recibiremos los golpes y los choques.

Cuando Roldán ve que había combate se vuelve más feroz que león o leopardo (...)

Convoca a los franceses y llama a Oliveros:

– Señor compañero, amigo, no habléis así: el emperador que nos ha dejado aquí, a los franceses, puso a un lado a veinte mil, sabiendo que no había ni uno que fuera cobarde. Por su señor el vasallo debe soportar grandes males y aguantar fuertes fríos y grandes calores; el vasallo debe perder su sangre y su carne. Atacad con la lanza y yo con Durandal, mi buena espada que me entregó el rey. Si muero, quien la tenga podrá decir: esta espada perteneció a un noble vasallo.

Al otro lado estaba el arzobispo Turpín. Picó espuelas al caballo y subió a un montecillo; llamó a los franceses y les dijo un sermón:

– Señores barones, Carlos nos ha dejado aquí, debemos morir por nuestro señor. ¡Ayudad a mantener la cristiandad!; sabed que habrá una batalla, pues tenéis a los sarracenos ante vuestros ojos. Proclamad vuestros pecados, pedid perdón a Dios. Os dará la absolución para salvar vuestras almas. Si morís, seréis santos mártires y tendréis un sitio en lo más alto del paraíso.

Los franceses desmontan y se ponen en tierra y el arzobispo les bendice en nombre de Dios; como penitencia les ordena atacar. Los franceses se ponen en pie; están absueltos, libres de sus pecados y el arzobispo les ha bendecido en nombre de Dios. Luego montan en sus veloces corceles; van armados como caballeros y todos están preparados para la batalla. El conde Roldán llama a Oliveros:

– Señor compañero; bien sabéis que Ganelón nos ha traicionado: tomó oro, bienes y dinero. El emperador debería vengarnos pues el rey Marsil ha hecho negocio, con nosotros; pero lo pagará con las espadas.

Roldán ha pasado los puertos de España montado en Veillantif su buen caballo veloz. Lleva sus armas que tan bien le sientan; el noble blande su lanza y dirige hacia el cielo la punta en la que lleva atado un gonfalon blanco, cuyas farpas de oro le tocan las manos. Noble es su porte, el rostro claro y alegre. Su compañero va siguiéndole y los de Francia le aclaman como su protector. Mira con altivez a los sarracenos y con humildad y dulzura a los franceses; y les dice cortésmente unas palabras:

– Señores barones, despacio, id al paso. Estos paganos van en busca de gran martirio. Hoy tendremos un botín grande y rico como ningún rey de Francia tuvo jamás tan valioso. Después de estas palabras se van juntando las huestes.

Dijo Oliveros:

– No es mi intención hablar ahora. No os dignasteis sonar vuestro olifante por lo que no obtendréis nada de Carlos: el noble no tiene la culpa pues no tiene noticia de esto. Los que allí están no deben ser criticados. ¡Cabalgad tanto como podáis! ¡Señores barones, resistid en el campo! Os mego por Dios que estéis dispuestos a asestar golpes, a recibirlos y a devolverlos. No debemos olvidar la enseña de Carlos.

A estas palabras gritan los franceses. Quien oyera entonces gritar « ¡Monjoya!» podría recordar actos valerosos. ¡Dios, con qué ímpetu cabalgaron luego!; aguijan las espuelas para ir más deprisa, y van a atacar, pues ¿qué otra cosa podrían hacer?

Los sarracenos nunca los han temido: francos y paganos van a enfrentarse ahora.

Ataca el primer escuadrón sarraceno, y en combates singulares los pares de Francia matan a los pares sarracenos, menos a uno (Margariz). El rey Marsil se acerca luego con veinte escuadrones, que producen gran mortandad entre los guerreros de Francia. Roldán, entonces, hace sonar el olifante, y al reprochárselo Oliveros, le dice que lo hace para que llegue Carlomagno cuando todos hayan muerto y pueda admirar su heroísmo.

(...) Oliveros al oírlo sintió gran ira; aguija el caballo con las espuelas doradas y va a acometerle a guisa de barón. Le rompe el escudo y le destroza la loriga, en el cuerpo le mete las colas del gonfalon y con el asta de plano le derriba del arzón. Mira a tierra y al ver al traidor caído le dice orgullosas palabras:

– ¡No me importan tus amenazas, cobarde! ¡Francos, atacad!, les vamos a vencer fácilmente.

Grita « ¡Monjoya!», que es la enseña de Carlos.

Hay allí un rey llamado Corsablís, es de Berbería un país lejano; convoca así a los demás sarracenos:

– Podemos sostener esta batalla ya que los franceses son muy pocos. Debemos menospreciar a los que están aquí pues ninguno será salvado por Carlos; hoy es el día en que deben morir.

Bien lo ha oído el arzobispo Turpín; no hay hombre bajo el cielo a quien odie más. Aguija su caballo con las espuelas de oro puro y se lanza con gran ímpetu para atacarle. Le parte el escudo, le destroza la loriga y le atraviesa el cuerpo con su gran azcona; la hunde bien de modo que se la extrae muerto y con el asta de plano le derriba en el camino. Mira a tierra y al ver caído al miserable no deja de decirle estas palabras:

– ¡Traidor pagano, habéis mentido! Mi señor Carlos siempre nos protege; nuestros franceses no tienen intención de huir. Detendremos a vuestros compañeros: tendréis una muerte rápida⁸⁵. ¡Franceses, atacad, que a ninguno se le olvide! Gracias a Dios este primer golpe es nuestro.

Y grita « ¡Monjoya!» para conservar el campo. Y Gerín ataca a Malprimís de Brigal; su buen escudo no le vale un dinero: le rompe del todo la bloca de cristal y la mitad cae. Le rompe la loriga hasta llegar a la carne y le hunde su buena azcona dentro del cuerpo. El pagano cae

derribado pesadamente; Satanás se lleva su alma. Y su compañero Gerers ataca al emir, le rompe el escudo y le desmalla la loriga; le mete su buena azcona en las entrañas, la hunde bien y le atraviesa por en medio del cuerpo; y con el asta de plano lo derriba en aquel lugar.

Dice Oliveros:

– ¡Qué grande es nuestra batalla!

El duque Sansón va atacar al Almanzor; le rompe el escudo dorado y adornado con flores. La buena loriga no le protege lo suficiente pues le parte el corazón, el hígado y el pulmón: pese a quien pese lo derriba muerto.

Dice el arzobispo:

– ¡Este golpe es de barón!

Y Anseis lanza su caballo y ataca a Turgís de Tortelosa; le rompe el escudo por debajo de la dorada bloca, le destroza el doble forro de la loriga y le mete en el cuerpo la punta de su buena azcona: la hunde bien y le atraviesa con el hierro, y con el asta de plano lo derriba muerto en el campo.

Dice Roldán:

– ¡Este es un golpe digno de un valiente!

Y Engelier, el gascón de Burdeos, espolea su caballo y afloja las riendas para ir a atacar a Escremís de Val terna. Le parte y resquebraja el escudo que lleva al cuello, le rompe el almófar de la loriga y le atraviesa el pecho entre las dos clavículas; y con el asta de plano lo derriba muerto de la silla.

Luego le dice:

– ¡Vas hacia tu perdición!

Y Otón ataca al pagano Estorgán en el borde delantero del escudo destrozando lo rojo y lo blanco; le rompe los faldones de la loriga y le mete en el cuerpo su buena azcona afilada derribándolo muerto de su veloz caballo. Luego dice:

– ¡No tendréis quién os defienda!

Y Berenguer ataca a Estramarín: le rompe el escudo, le destroza la loriga y le mete en el cuerpo su buena azcona derribándolo muerto entre mil sarracenos. Diez de los doce pares han resultado muertos, sólo quedan vivos dos: Chernublo y el conde Margariz.

Margariz es un caballero muy valeroso, gentil, fuerte, rápido y ágil. Pica espuelas al caballo y ataca a Oliveros; le rompe el escudo bajo la bloca de oro puro y dirige su azcona hacia el costado. Dios le preservó pues no le ha dado en el cuerpo. Se parte el asta pero no es derribado. Se aleja de allí sin que nadie se lo impida y tañe el clarín para reunir a los suyos. La batalla es terrible para todos. El conde Roldán no se protege en ningún momento; ataca con la azcona mientras le dura el asta, pero con quince golpes la ha roto y perdido. Entonces desnuda su buena espada Durandarte y espoleando el caballo va atacar a Chernublo. Le rompe el yelmo y los brillantes carbunclos, le parte la cabeza y la cabellera, la hunde en los ojos, en la cara y en la blanca loriga de menuda malla y por todo el cuerpo hasta la horcajadura. La hinca en la silla recubierta de panes de oro y la espada se detiene en el caballo: le parte el espinazo sin buscar las junturas y lo derriba muerto en el prado, sobre la blanda hierba⁹⁰.

Después le dice:

– ¡Cobarde, en mala hora viniste! Ya no tendrás ayuda de Mahoma. Con tal canalla no será ganada hoy la batalla.

El conde Roldán cabalga por en medio del campo, sostiene Durandarte que corta y raja tan bien. Ha hecho grandes daños a los sarracenos. ¡Si le vierais lanzar un muerto sobre otro; y la sangre, tan clara, manar por las heridas! Tiene ensangrentados la loriga y los brazos y el cuello y el lomo de su buen caballo. Oliveros no es lento en combatir: ninguno de los doce pares serán criticados por ello pues los franceses atacan y golpean. Mueren los paganos y algunos se desvanecen.

Dice el arzobispo:

– ¡Bien por nuestra nobleza!, y grita « ¡Monjoya!», que es la enseña de Carlos.

Y Oliveros cabalga entre la refriega; se le ha roto el asta, sólo le queda un trozo y ataca al pagano Malsarón: le rompe el escudo que es de oro y de flores, y de la cabeza le arranca los dos ojos y el seso cae a sus pies: lo derriba muerto junto a setecientos de los suyos. Luego mata a Turgís y a Esturgoz; ha roto el asta que se le astilla hasta las manos.

Dice entonces Roldán:

– ¿Qué hacéis, compañero? No hace falta un bastón en esta batalla sino hierro y acero. ¿Dónde está vuestra espada Altaclara? Su arraz es de oro y el pomo de cristal.

– No la pude desenvainar —le responde Oliveros— porque estaba ocupado en atacar. Don Oliveros desenvaina su buena espada, pues tanto le ha insistido su compañero, y se la enseña como caballero. Ataca al pagano Justino de Valferrera, le parte la cabeza por la mitad, le atraviesa el cuerpo y la loriga jalde, la fuerte silla recubierta de oro y le parte el espinazo al caballo: lo derriba muerto en el prado.

Dice Roldán:

– Os reconozco, hermano, por estos golpes nos ama el emperador.

Por todas partes se grita « ¡Monjoya!»

El conde Gerín monta en el caballo Sorel y su compañero Gerers en Pasaciervo. Aflojan las riendas, espolean con fuerza y atacan al pagano Timozel, el uno en el escudo y el otro en la loriga. Las dos azconas se han roto dentro de su cuerpo y le derriban muerto en un barbecho. No oí decir, ni yo mismo lo sé, cuál de los dos fue el más rápido. Engelier de Burdeos mató a Esparveris, el hijo de Borel, y el arzobispo les mató a Siglorei, el encantador que había estado en el infierno: Júpiter se lo llevó allí por artimaña⁹¹. Dice Turpín:

– ¡Éste nos habría hecho daño!

Contestó Roldán:

– El cobarde ha sido vencido; Oliveros, hermano, ¡cómo me gustan estos golpes!

REGRESO DE CARLOMAGNO A FRANCIA

Mientras tanto la batalla se ha endurecido; francos y paganos se asestan terribles golpes. Unos atacan y los otros se defienden. Hay tantas astas rotas y ensangrentadas, tantos gonfalones y tantas enseñas rotas. Tantos buenos franceses que dejan allí su juventud; no volverán a ver a sus madres ni a sus mujeres, ni a los de Francia que les esperan en los puertos. Carlos, el magno, llora y se lamenta por ello. Pero, ¿de qué sirve esto? No tendrán socorro. Mal servicio les hizo Ganelón cuando en Zaragoza vendió a su mesnada. Pero luego perdió la vida y los miembros; en el juicio de Aix fue condenado a ser colgado con treinta de sus parientes, que no esperaban morir.

La batalla es terrible y dura. Oliveros y Roldán atacan con valentía; el arzobispo asesta más de mil golpes, los doce pares no le van a la zaga y los franceses atacan en grupo. Mueren los paganos a cientos y a miles: el que no huye no se salva de la muerte; quiéralo o no, deja allí su vida. Los franceses pierden sus mejores protectores; no volverán a ver a sus padres ni a sus parientes ni a Carlomagno que les espera en los puertos. En Francia se ha desencadenado una gran tormenta con lluvia, truenos y vendaval, llueve y graniza desmesuradamente. Caen rayos sin parar y hay un verdadero terremoto. Desde San Miguel del Peligro hasta Sens, desde Besancon hasta el puerto de Wissant no hay recinto que no se le revienten los muros.

En pleno mediodía está todo en tinieblas, sólo hay luz cuando se rasga el cielo. Todos los que lo ven se llenan de pavor. Muchos dicen:

– Es el final, es el fin del mundo que nos ha llegado.

No saben de qué se trata y no dicen la verdad: es el gran duelo por la muerte de Roldán.

(...)

Roldán grita:

« ¡Cabalgad, señores! Ahora viene Marsil con cien mil caballeros.»

Marsil avanza por el valle con la gran hueste que había reunido; el rey ha contado con veinte escuadrones. Brillan los yelmos gemados con piedras de oro y los escudos y las lorigas jaldes. Siete mil clarines suenan a cargar; es grande el estrépito por toda la comarca.

Dice Roldán:

– Oliveros, compañero y hermano, el traidor Ganelón ha jurado nuestra muerte; ya no puede ser ocultada la traición: el emperador se vengará por ello. Tendremos batalla terrible y dura: nunca se vio otra semejante. Atacaré con mi espada Durandarte y vos, compañero, atacaréis con Altaclara. ¡Las hemos llevado por tantos lugares! ¡Hemos acabado tantas batallas con ellas! No será cantada una mala canción.

Cuando vieron los franceses que tantos paganos llenaban todo el campo, imploraron repetidas veces a Oliveros, a Roldán y a los doce pares que les protegieran. Entonces el arzobispo les manifestó su opinión:

– Señores barones, no tengáis tales pensamientos. Os ruego por Dios que no huyáis, para que de ningún noble se cante con oprobio; es mejor que muramos combatiendo. Se nos ha prometido que entonces alcanzaremos el fin; no seguiremos vivos después del día de hoy. Pero os aseguro firmemente que tenéis abierto el santo paraíso y allí os sentaréis con los Inocentes.

Los francos se alegraron con estas palabras: no hay ni uno que no diga « ¡Monjoya!»

Marsil es un rey muy malvado; dijo a los paganos:

– Sois todos mis fieles. Roldán tiene extraordinario poder; quien le quiera vencer debe esforzarse mucho. En dos batallas no será vencido, eso creo; si no lo conseguimos, le daremos tres. Así perderá Carlos su poder y verá que Francia cae en gran vileza. El décimo escuadrón se quedará aquí conmigo, los otros diez combatirán a los franceses.

A Grandonio le entregó una enseña hecha con oro, haciéndole prometer que guiaría a los otros: él prometió la orden del rey. El rey Marsil se quedó en un monte y Grandonio descende por un valle. Sujeta su gonfalon con tres hilos de oro: después grita: « ¡Cabalgad, barones!».

Suenen mil clarines para que todo sea más bello. Dicen los franceses:

– ¿Dios Padre, qué haremos? En mala hora vimos al conde Ganelón que nos vendió a Marsil para hacer la traición-¡Ayudadnos, doce compañeros!

El arzobispo contesta al punto:

– Buenos caballeros, hoy recibiréis honor-. Dios os dará coronas y flores en el paraíso, entre los bienaventurados. Pero los cobardes no entrarán allí.

Responden los francos:

– ¡Atacaremos conjuntamente! Por [miedo] a morir no seremos felones.

Aguijan hacia adelante con las espuelas doradas y atacan a los descreídos truhanes. El rey Marsil quiere reservarse diez escuadrones, y los otros diez cabalgan para atacar. Dicen los franceses:

– ¡Dios, qué pérdida sufriremos aquí! ¿Qué ocurrirá con los doce barones?

Al punto responde el arzobispo Turpín:

– Buenos caballeros, Dios es muy amigo nuestro: hoy seréis coronados y floridos, y tendréis vida en el reino paraíso. Pero los cobardes allí no serán colocados.

Responden los franceses:

– No os debemos fallar. Si a Dios place no seremos superados y siempre guerrearemos a nuestros enemigos; tenemos poca gente, pero somos muy osados.

Aguijan hacia delante para acometer a los paganos y entonces se mezclan franceses y sarracenos.

Estaba allí un sarraceno de Zaragoza, la mitad de la ciudad es suya; se llama Climborín, y nunca huyó de ningún hombre. Había tomado la fianza del conde Ganelón y, como muestra de amistad le había besado en la boca y le había entregado su yelmo y su carbunco". Dice que sumirá en la vergüenza a la Tierra de los Mayores y que arrebatará la corona al emperador. Monta el caballo que se llama Barbamosca, es más veloz que el gavilán o la golondrina; lo espolea con fuerza, afloja las riendas y se lanza a atacar a Engelier de Gasuña. No pueden protegerlo ni el escudo ni la cota; le mete en el cuerpo la punta de su azcona, y, hundiéndola con fuerza, le atraviesa con el hierro de parte a parte; con el asta de plano lo revuelca muerto en el campo. Luego grita:

– ¡Bien se les puede exterminar! ¡Paganos, atacad, para deshacer el grupo!

Dicen los franceses:

– ¡Dios, qué lástima de hombre tan valiente!

El conde Roldán llama a Oliveros:

– Señor compañero, ha muerto Engelier, no teníamos un caballero más valeroso.

Responde el conde: « ¡Que Dios me conceda vengarle!»

Aguija su caballo con las espuelas de oro puro, sostiene Altaclara cuyo acero está ensangrentado; con gran fuerza va a atacar al pagano. Asesta el golpe y el sarraceno cae; los diablos se llevan su alma.

Luego mata al duque Alfayán, le parte la cabeza a Escababín y desarzona a siete árabes que ya no serán buenos para hacer la guerra. Dice Roldán:

– ¡Qué enojado está mi compañero! Es mucho mejor que yo. Por tales golpes nos quiere tanto Carlos.

Y grita dando voces:

– ¡Caballeros, atacad!

En el otro lado está el pagano Valdabrún; el que armó caballero al rey Marsil. Es señor en el mar de cuatrocientas galeazas, no hay marinero que no se proclame suyo. Había conquistado Jerusalén a traición, violado el templo de Salomón y había matado al patriarca ante las aguas bautismales. Recibió la fianza del conde Ganelón y le dio su espada y mil mancusos. Monta el caballo Gramimón que es más veloz que un halcón; lo aguija bien con las agudas espuelas para ir a atacar al noble duque Sansón: le resquebraja el escudo, le rompe la loriga y le mete en el cuerpo las farpas del gonfalon; y con el asta de plano lo derriba muerto de los arzones.

– ¡Atacad, paganos, pues les venceremos fácilmente!

Dicen los franceses:

– ¡Dios mío, qué lástima de noble!

Cuando el conde Roldán ve muerto al conde Sanson, sabed que tuvo gran dolor. Espolea su caballo para que corra con todas sus fuerzas y sostiene Durandarte, que vale más que el oro puro; y con todas sus fuerzas el noble va a atacarle, le parte la cabeza bajo el yelmo gemado de oro, la loriga y el cuerpo, la buena silla recubierta de oro y el caballo por la mitad. Mató a los dos, bien o mal le juzgaremos.

Dicen los paganos:

– ¡Este golpe nos es muy duro!

Contesta Roldán:

– Os detesto, pues en vosotros está el orgullo y el error.

– ¡Que Dios te maldiga! Te haré pagar muy caro haber matado a tal guerrero.

Aguija su caballo, que no tiene rival como corredor; venza quien venza, se encuentran.

Grandonio era bravo, valeroso, fuerte y gran guerrero combatiendo. En su camino topó con Roldán; antes de verlo lo reconoció con certeza por el rostro altivo, el cuerpo gallardo, la mirada y el continente; no puede evitar llevarse un gran susto. Quiere huir de él pero no puede, pues el conde le ataca con tal fuerza que le hiende el yelmo hasta el nasal, le parte la nariz, la boca y los dientes, el pecho y la loriga jacerina y los dos borrenes de plata de la silla dorada, y corta el caballo por la mitad: mató a los dos sin remisión. Los de España se lamentan de dolor.

(...)

La batalla es terrible y rápida; los franceses luchan 1610 con fuerza y con odio; cortan manos, costillas, espinazos y las vestiduras hasta la carne viva. Sobre la hierba verde corre la sangre clara. Dicen los paganos:

– ¡No podemos soportarlo más! ¡Mahoma te maldiga, Tierra de los Mayores! Tu gente es la más valiente de todas.

No hay ni uno que no le grite a Marsil:

– ¡Rey, cabalga, necesitamos ayuda!

(...)

El conde Roldán llama a Oliveros:

– Señor compañero, si estáis de acuerdo, el arzobispo es muy buen caballero, ni en la tierra ni en el cielo hay otro mejor. Sabe atacar muy bien con la lanza y la azcona.

Responde el conde:

– ¡Vayamos a ayudarlo!

A estas palabras los francos vuelven a atacar. Los golpes son duros y los enfrentamientos terribles; gran dolor hay del lado de los cristianos. ¡Quién viera entonces a Roldán y a Oliveros atacar y luchar con sus espadas! El arzobispo acomete con su azcona. Bien se puede saber todos los que han muerto: dice la Gesta que está escrito en cartas y breves que fueron más de cuatro mil.

Durante cuatro asaltos les ha ido todo bien, pero el quinto es duro y terrible para ellos. Todos los caballeros franceses han muerto, sólo sesenta ha preservado Dios. Antes de morir lo harán pagar muy caro.

Durindal, Oliveros la empuña y combate con fuerza, y la sangre bermeja le salta hasta el brazo.

— ¡Dios—dice Roldán—, como éste son los buenos vasallos y los gallardos condes, tan nobles y tan leales! Nuestra amistad se acaba hoy en este día, y hoy se separará con gran dolor. El emperador nunca nos recuperará ni la dulce Francia nunca tendrá dolor tal; los hombres francos rezarán por nosotros y harán oraciones en la santa iglesia. Es bien cierto que su alma irá al paraíso.

Oliveros alojó las riendas, aguijó su caballo y se acercó a Roldán en la gran batalla. Dijo el uno al otro:

«Compañero, acercaos: si la muerte no me mata, yo no os fallaré.»

ROLDÁN TAÑE EL OLIFANTE

Carlomagno, que ya estaba en Francia, oye el sonido del olifante de Roldán, comprende lo que está ocurriendo y se da cuenta de la traición de Ganelón. Lo hace prender y apalear, en espera de ser juzgado. Y toda la hueste francesa retrocede hacia Roncesvalles. Mientras tanto Roldán sigue combatiendo y mata a muchos sarracenos, lucha contra el rey Marsil, le corta la mano derecha y quita la vida a su hijo. Ataca un nuevo escuadrón sarraceno, mandado por el califa, tío de Marsil, llamado Marganices, el cual hiere mortalmente a Oliveros, que aún tiene ánimos para devolverle el golpe y matarlo y para seguir luchando, aunque pierde la vista y golpea a su amigo Roldán creyendo que es un enemigo. Roldán le habla afablemente; y poco después Oliveros muere, tras confesar sus pecados y pedir a Dios que bendiga a Carlomagno y a Roldán.

(...)

El conde Roldán ve la gran pérdida que hay entre los suyos y llama a su compañero Oliveros:

— Señor compañero, ¡por Dios! ¿qué os parece? Veo tantos buenos vasallos caídos en tierra. Francia, dulce y hermosa, bien podemos llorar a los buenos barones de los que quedáis desierta. ¡Rey amigo, no estáis aquí! Oliveros, hermano, ¿cómo lo haremos? ¿De qué manera le enviaremos noticias?

Dijo Oliveros:

— No sé cómo hacerlo. Prefiero morir a que se nos mencione con vergüenza.

Dice Roldán:

— Sonaré el olifante y Carlos lo oirá pues está pasando los puertos. Os aseguro que los francos regresarán.

Dice Oliveros:

— Esto será una gran vergüenza y será reprochado.' a todos vuestros parientes; la deshonra les durará mientras vivan. Cuando os lo dije no lo hicisteis; ahora no os lo apruebo. Si lo sonáis no será un acto de valentía: tenéis ya ambos brazos cubiertos de sangre.»

Contesta el conde:

— He asestado grandes golpes.

(...)

MUERTE DE LOS PARES

Roldán contempla las montañas y las laderas; ve yacer muertos a tantos franceses que llora por ellos como noble caballero:

— Señores barones, Dios se apiade de vosotros y conceda el paraíso a vuestras almas y las coloque entre las santas flores. Jamás vi mejores vasallos que vosotros; me habéis servido durante mucho tiempo, y para Carlos habéis conquistado grandes países. ¡En mala hora os sustentó el emperador! Tierra de Francia, muy dulce país, hoy quedáis desierta por tan áspera ruina. Barones franceses, os morís por mi causa y no os puedo defender ni proteger. ¡Que Dios, que jamás mintió, os ayude! ¡Oliveros, hermano!, no debo abandonaros; si no me matan moriré de dolor. ¡Señor compañero, volvamos a atacar!

El conde Roldán llama a Oliveros y le ha dicho y recordado estas razones:

— Junto a los francos debemos morir, buen hermano; han entrado en España por nuestro amor.

Su rostro ha mudado de color y cuatro veces ha gritado "¡Monjoya!". Sujeta el olifante y tocan a cargar; pican espuelas con impetuosidad y atacan con sus afiladas espadas.

El conde Roldán regresa al campo [de batalla], sostiene a Durandarte y ataca con valentía; parte por la mitad a Faldrón del Puy y a veinticuatro de los más famosos: no habrá otro hombre que quiera tomar más venganza. Como el ciervo que corre delante de los perros, así huyen los paganos delante de Roldán.

Dice el arzobispo:

– ¡Lo hacéis muy bien! Éste es el valor que ha de tener un caballero que lleva armas y monta un buen caballo. En la batalla ha de ser duro y temible, de otro modo no vale cuatro dineros; más le valiera ser monje en un monasterio para rezar todo el día por nuestros pecados.

Responde Roldán:

– ¡Atacad, no les perdonéis nada!

Con estas palabras los francos vuelven a atacar: pero hubo grandes pérdidas entre los cristianos.

(...)

Oliveros siente que la muerte le persigue de cerca; los ojos le dan vueltas, pierde el oído y la visión. Descabalgua y se echa en tierra: a partir de ahora confiesa sus culpas con las manos juntas hacia el cielo y mega a Dios que le conceda el paraíso y que bendiga a Carlos y a la dulce Francia y a su compañero Roldán por encima de todos los hombres. El corazón le falla, el yelmo se le cae y da con todo su cuerpo en tierra: el conde ha muerto, no dura más. El noble Roldán llora y se lamenta: jamás oiréis en el mundo a un hombre que tanto se lamenta. Cuando el conde Roldán ve que su amigo está muerto y que yace boca abajo, el rostro hundido en la tierra, con mucha ternura empieza a lamentarlo:

– ¡Señor compañero, en mala hora fuisteis tan audaz! Hemos paso juntos años y días y nunca me hicisteis ningún mal, ni yo os lo hice. Es doloroso que yo viva, si morís.

A estas palabras el marqués se desvanece sobre su caballo Veillantif: está afirmado sobre los estribos y aunque vaya a cualquier parte no podrá caerse.

(...)

– Señores, dice (Carlomagno), muy mal nos va. Roldán, mi sobrino, va a dejarnos hoy mismo; oigo por el sonido del cuerno que no vivirá mucho. Quien quiera estar allí que cabalgue velozmente. Sonad vuestros clarines, todos los que haya en la hueste.

Sesenta mil suenan tan fuerte que resuenan los montes y responden los valles. Los oyen los paganos, no creen que sea una broma. Se dicen los unos a los otros:

– Pronto tendremos aquí a Carlos.

Se reúnen unos cuatrocientos con los yelmos puestos: son los mejores que quedan en el campo; le dan a Roldán un combate duro y terrible. Ahora ya sabe el conde lo que ha de hacer. Cuando el conde Roldán les ve llegar se hace más fuerte y feroz: mientras viva no cederá ante ellos. Monta el caballo Veillantif y lo aguja bien con las espuelas de oro puro para acometerlos a todos en la gran refriega. A su lado está el arzobispo Turpín. Se dicen el uno al otro:

– Acercaos amigo; hemos oído los cuernos de los de Francia: vuelve Carlos, el poderoso rey.

El conde Roldán jamás amó al cobarde, ni al orgulloso, ni al malvado de mal linaje, ni al caballero que no fuera buen guerrero. Llamó al arzobispo Turpín:

– Señor, vos vais a pie y yo a caballo; por vuestro amor me quedaré aquí y juntos soportaremos lo bueno y lo malo; no os abandonaré por ningún hombre de carne [y hueso]. En este asalto los paganos conocerán el nombre de Almacia y el de Durandarte.

Dijo el arzobispo:

– ¡Sea traidor quien no ataque! Carlos vuelve y nos vengará.

Dicen los paganos:

– ¡En mala hora nacimos! ¡Mal día ha amanecido hoy para nosotros! Hemos perdido a nuestros señores y a nuestros pares; el noble Carlos regresa con su gran hueste. Ya oímos los claros clarines de los franceses, es grande el estruendo cuando gritan ¡Monjoya! El conde

Roldán tiene tanta fuerza que ningún hombre le podrá vencer. Lancémonos contra él y luego le dejaremos estar.

Y así le lanzaron muchos dardos y venablos, azconas, lanzas y azagayas empenoladas de modo que han partido y agujereado el escudo de Roldán y roto y desmallado su loriga; mas no le han alcanzado en el cuerpo. Han herido a Veillantif por treinta sitios y lo han derribado muerto bajo el conde. Los paganos huyen y lo dejan estar. El conde Roldán se ha quedado a pie.

MUERTE DE ROLDÁN

Roldán se ha desmayado de dolor por la muerte de Oliveros, y han muerto todos los franceses salvo el arzobispo Turpín y Gualter del Hum, que ha estado luchando separadamente en una posición elevada, donde ha perdido a todos sus hombres, y ahora acude a Roldán en demanda de socorro; y a pesar de estar gravemente herido lucha a su lado y al del arzobispo. Los atacan ahora mil sarracenos que matan a Gualter y hieren a Turpín, al que todavía quedan fuerzas para matar a más de cuatrocientos.

Roldán hace sonar de nuevo el olifante, y el esfuerzo le rompe las sienas. Carlomagno lo oye, se apresura y hace sonar los clarines de su hueste. Los sarracenos, al oírlo, dan un nuevo asalto a Roldán y a Turpín, y huyen precipitadamente por temor a la hueste francesa, que ya está muy cerca. Roldán acomoda al herido arzobispo sobre la hierba y va en busca de los cadáveres de los pares; los sitúa frente a Turpín, y éste les da su bendición y muere.

Roldán hace sonar de nuevo el olifante, y el esfuerzo le rompe las sienas. Carlomagno lo oye, se apresura y hace sonar los clarines de su hueste. Los sarracenos, al oírlo, dan un nuevo asalto a Roldán y a Turpín, y huyen precipitadamente por temor a la hueste francesa, que ya está muy cerca. Roldán acomoda al herido arzobispo sobre la hierba y va en busca de los cadáveres de los pares; los sitúa frente a Turpín, y éste les da su bendición y muere.

Viendo su muerte cercana, Roldán, ya ciego intenta romper su espada Durendal para que no caiga en poder del enemigo, pero su hierro es tan fuerte que se hiende la dura piedra contra la que quiere quebrarla. Hace un elogio de ella, se echa de bruces y la esconde bajo su cuerpo; y tras hacer su confesión, con el rostro vuelto hacia España, ofrece su guante a Dios, que recoge San Gabriel, y muere.

16

Siente Roldán que su muerte está cercana; por las orejas se le derraman los sesos. Ruega a Dios que acoja a sus pares y a él el ángel Gabriel. Para que nadie le vitupere coge el olifante y con la otra mano su espada Durandarte. Se dirige a un barbecho situado en dirección a España. Sube a una colina; debajo de dos grandes árboles hay cuatro gradas de mármol; cae boca arriba sobre la hierba verde y allí se desvanece porque tiene cerca la muerte.

Altos son los montes y muy altos los árboles; allí hay cuatro relucientes gradas de mármol. Sobre la verde hierba se desvanece el conde Roldán. Durante todo el camino un sarraceno le ha ido mirando; se finge muerto echado junto a los otros; se mancha de sangre el cuerpo y el rostro. Se pone en pie y se pone a correr. Es alto, fuerte y muy valiente, con gran orgullo se apodera de él rabia mortal. Coge el cuerno y la espada de Roldán y dice:

– ¡El sobrino de Carlos vencido está! Me llevaré esta espada a Arabia.

Por el tirón el conde se apercibió de que algo sucedía. Siente Roldán que le quitan la espada; abre los ojos y le dice estas palabras:

– Que yo sepa no eres de los nuestros.

Agarra el olifante, pues no quiere perderlo, y le golpea con él en el yelmo gemado de oro. Le parte el acero, la cabeza y los huesos, le hace saltar los dos ojos de la cara y lo derriba muerto a sus pies. Luego dice:

– ¡Cobarde!, ¿cómo has sido tan osado para tocarme, con derecho o sin él? Quien oiga esto te tendrá por un loco. Mi olifante se ha resquebrajado y se le han caído el cristal y el oro. Siento dolor y pesar por la espada; prefiero morir a que se quede entre los paganos. ¡Dios padre, no permitáis que Francia se envilezca!

Roldán golpea sobre una piedra oscura y la erosiona más de lo que os sabría decir. La espada cruje pero no se mella ni rompe sino que rebota hacia el cielo. Cuando el conde se da cuenta de que no puede romperla, muy dulcemente lo lamenta consigo mismo:

– ¡Ay! ¡Durandarte, qué hermosa y santísima eres! Hay muchas reliquias en tu pomo: el diente de San Pedro y sangre de San Basilio, cabellos de mi señor San Dionisio y [un retal]

del vestido de Santa María; no es justo que los paganos te posean; debes ser servida por cristianos y que no os tenga un cobarde. Conquisté con vos las extensas tierras que tiene Carlos, el de la barba florida, y por ello el emperador es noble y poderoso.

Siente Roldán que la muerte se apodera de él, y que de la cabeza le desciende al corazón. Se ha ido corriendo bajo un pino, se echa de bruces sobre la verde hierba y coloca debajo la espada y el olifante. Vuelve la cabeza hacia donde están los paganos; lo ha hecho así porque quiere de veras que Carlos y toda su gente digan que el noble conde ha muerto venciendo. Confiesa sus culpas repetidamente y ofrece a Dios el guante por sus pecados. Siente Roldán que su tiempo se acaba. Está sobre un monte escarpado en dirección a España; y con la mano se golpea el pecho:

– Dios mío, ante tu poder confieso mis pecados, grandes y pequeños, que he cometido desde la hora en que nací hasta el día de hoy en que aquí he sido alcanzado.

(...)

Carlomagno llega a Roncesvalles, donde el terreno está cubierto de cadáveres, busca los doce pares y lamenta el gran desastre. Deja un destacamento que custodie a los muertos, y la hueste francesa emprende la persecución de los restos del ejército de Marsil. Como está a punto de anochecer, el emperador pide a Dios que el sol se pare para prolongar la claridad, y se obra el milagro. Los sarracenos, que huyen hacia Zaragoza, perseguidos muy de cerca, perecen muchos de ellos ahogados al vadear el Ebro y otros son alcanzados por las armas de los franceses. Carlomagno, al ver que los enemigos han muerto, da gracias a Dios y, como ya es muy tarde, acampa a orillas del Ebro; y por la noche tiene otros dos sueños premonitorios.

Clara es la noche y la luna brillante. Carlos se acuesta pero se duele por Roldán y mucho le apena Oliveros y los doce pares y los franceses que se han quedado muertos, cubiertos de sangre en Roncesvalles. No puede evitar llorar y lamentarse y ruega a Dios que proteja sus almas.

El rey está cansado, pues es muy grande su dolor y se ha quedado dormido: ya no puede más. Los francos están dormidos por los prados. Ni siquiera los caballos pueden estar de pie: el que quiere hierba, la padece echado. ¡Mucho aprende el que bien conoce el sufrimiento!

(...)

Carlos se duerme como hombre atormentado. Dios le envía a San Gabriel al que ha ordenado que vele por el emperador. El ángel está toda la noche a su cabecera y por medio de una visión le anuncia que habrá una batalla contra él y le muestra su grave significado.

(...)

El rey Marsil, con la mano derecha cercenada por Roldán, logra llegar a Zaragoza; y su mujer la reina Bramimonda se conduele y maldice a Carlomagno y a los franceses. Los sarracenos de la ciudad increpan a sus ídolos, Apolín, Mahoma y Tervagán, y los destrozan.

Ocurrió siete años antes, cuando Carlomagno invadió España, que el rey Marsil de Zaragoza pidió socorro a su señor, el emir Baligán de Babilonia (El Cairo); y éste reunió una inmensa hueste de todos sus exóticos reinos y partió con una escuadra hacia España. Las naves paganas remontaron el curso del Ebro y llegaron a Zaragoza el mismo día en que Carlomagno había derrotado a Marsil. Éste contó a Baligán las batallas de Roncesvalles y del Ebro, le rindió el debido homenaje y le pidió ayuda. Baligán se dispuso a combatir a los franceses, que aún estaban en España.

(...) Los paganos de Arabia han salido de las naves y luego han montado en caballos y en mulos, y así cabalgaron. ¿Qué otra cosa podrían hacer? El emir, que los puso a todos en camino, llamó a Gemalfín, uno de sus favoritos:

– Te ordeno que mandes en toda mi hueste.

Luego ha montado en su caballo castaño y se lleva consigo a cuatro duques. Cabalgó hasta llegar a Zaragoza; descabalgó al pie de un graderio de mármol y cuatro condes le sostuvieron el estribo. Subió por las gradas del palacio y Bramimonda llega corriendo hacia él y le dice:

– ¡Qué desgraciada soy, en mala hora nací! Señor, con gran deshonra he perdido a mi marido.

Cae a sus pies y el emir la levanta y suben a la cámara con gran pesar.

Cuando el rey Marsil vio a Baligán llamó a dos sarracenos españoles:

– Tomadme en brazos y sentadme.

Con la mano izquierda ha cogido uno de sus guantes. Dice Marsil:

– Señor rey, emir, [os entrego] todas mis tierras y Zaragoza y el feudo que de ella depende. Estoy perdido y también toda mi gente.

El otro le responde:

– Más lo siento yo. No puedo tener con vos una larga conversación; sé bien que Carlos no me espera, y, sin embargo acepto vuestro guante.

Se marcha llorando por el gran dolor que tiene. Baja del palacio por las gradas, monta a caballo y pica espuelas hacia donde está su gente (...)

HONRAS FÚNEBRES A LOS PARES EN RONCESVALLES

Carlomagno ha vuelto a Roncesvalles; allí los franceses van identificando y recogiendo los cadáveres de los suyos, y el emperador profiere un sentido planto ante el cuerpo de Roldán. Entierran a los más en una fosa, y Carlomagno dispone que los cadáveres de Roldán, de Oliveros y de Turpín sean llevados a Francia. Entonces le anuncian que se acerca la gran hueste de Baligán, y se dispone a la lucha.

Se describen los escuadrones de los franceses, con indicación de sus jefes, y luego, muy prolijamente, los escuadrones de los paganos de Baligán. Mientras se dan detalles de la gran batalla, que acaba con un combate singular entre el emir y el emperador, y éste, animado por la aparición de San Gabriel, mata a Baligán.

Derrotado y muerto Baligán, Carlomagno entra en Zaragoza, destruye las sinagogas y las mahomerías y los ídolos y ahorca a todos los sarracenos que no quieren recibir el bautismo.

Carlos Empieza a tirar de su barba blanca y de los cabellos de su cabeza con ambas manos. Cien mil franceses caen a tierra desvanecidos.

– ¡Amigo Roldán, qué desgraciada fue tu vida! Sea llevada tu alma al paraíso, Quien te mató ha envilecido a la dulce Francia. Siento tal dolor que no quisiera sobrevivir a mi mesnada que ha muerto por mí. Permita Dios, el hijo de Santa María, que antes de que hoy llegue a los grandes puertos de Sícera me conceda que se separe mi alma de mi cuerpo, y que entre las tuyas sea puesta y alojada y mi carne sea enterrada a su lado.

(...)

El emperador desmonta del caballo y se ha echado sobre la hierba verde; vuelve la mirada hacia el sol naciente y le ruega a Dios con todo su corazón:

– Padre verdadero, defiéndeme en el día de hoy, tú que verdaderamente protegiste a Jonás de la ballena que lo tuvo en su cuerpo, que salvaste al rey de Nínive y a Daniel del terrible tormento cuando estuvo en el foso de los leones, y a los tres niños en un fuego ardiente; que tu verdadero amor hoy me sea presente y, por piedad, si te place, concédeme que pueda vengar a mi sobrino Roldán.

Después de haber rezado se pone en pie, se santigua con la virtud poderosa y el rey monta en su veloz caballo. Le sostienen el estribo Naimón y Jocerán; agarra su escudo y su azcona cortante, noble es su cuerpo y su porte gallardo, claro el rostro y de buen aspecto y cabalga bien firme. Detrás y delante suenan los clarines y por encima de todos resuena el olifante. Los franceses lloran de pena por Roldán.

El emperador cabalga gallardamente; ha puesto la barba encima de la loriga y por su amor los demás hacen lo mismo: así se reconoce a los cien mil franceses. Pasan los montes y las rocas más altas, los valles profundos y los peligrosos estrechos y salen de los desfiladeros y de la tierra yerma. Van hacia la marca de España y en una llanura se detienen.

Regresan donde está Baligán sus avanzadas, y un sirio le ha comunicado su mensaje:

– Hemos visto al orgulloso rey Carlos. Sus hombres son feroces, no tienen intención de fallarle. ¡Armaos, pronto será la batalla!»

Dice Baligán:

– Ahora oigo palabras valientes; tañed vuestros clarines para que lo sepan mis paganos.

Por toda la hueste suenan muy claros sus tambores, las bocinas y los clarines. Los paganos desmontan para armarse. El emir no va despacio: se viste con una cota de faldas jalde, enlaza su yelmo gemado de oro y luego se ciñe la espada en el costado izquierdo. En su orgullo le ha encontrado un nombre como la de Carlos de la que oyó hablar; a la suya la llama Preciosa: ésta será su enseña en la batalla campal y la ha hecho gritar a sus caballeros. Se cuelga al cuello el escudo grande y ancho cuya bloca es de oro y de cristal listado, la embrazadura es de buena seda adornada de ruedas. Sujeta su azcona, que se

llama Maltet, el asta es gruesa como una porra y con sólo el hierro se podría cargar un mulo. Baligán monta en su caballo, le sostiene el estribo Marcules de Ultramar. El barón tiene muy grande la horcajadura, estrechos los flancos y anchas las caderas; el pecho grande y bellamente moldeado, los hombros anchos y el rostro muy claro, la mirada altiva y la cabeza tizada, tan blanca como la flor del verano. Con frecuencia ha demostrado ser muy valiente. ¡Dios, qué barón si tuviese cristiandad! Aguija el caballo y le brota sangre clara, emprende la carrera y salta un foso que bien debía medir cincuenta pies. Los paganos gritan:

- ¡Éste debe defender las marcas! Si viene a justar con él no existe francés que, quiéralo o no, pierda su vida. Carlos ha sido un necio al no haberse marchado.

El emir bien parece barón, tiene la barba blanca como una flor; es un hombre muy instruido en su religión y en la batalla es feroz y orgulloso. Su hijo Malpramis es un valiente caballero, grande, fuerte y muy parecido a sus antepasados. Dijo a su padre:

- Señor, cabalguemos ya. Mucho me asombraría si viéramos a Carlos.

Dijo Baligán:

- Sí, lo veremos porque es muy noble. En muchas gestas se cuentan de él grandes honores. Pero ahora no tiene a su sobrino Roldan: no tendrá fuerza para ir contra nosotros.
- Buen hijo Malpramis —le dijo Baligán—, Roldan, el buen vasallo fue muerto ayer, y Oliveros, el noble y el valiente, y los doce pares a los que Carlos tanto amó; y veinte mil guerreros de Francia. A todos los demás no los aprecio lo que vale un guante. Es cierto que el emperador vuelve, así me lo ha anunciado el sirio, mi mensajero, y que ha formado diez escuadrones muy grandes. El que tañe el olifante es muy valiente y con un clarín alto su compañero le responde y a la vanguardia cabalgan. Van con ellos quince mil francos jóvenes, a los que Carlos llama sus infantiles. Detrás de éstos hay otros tantos que atacarán con mucho orgullo.

Entonces dijo Malpramis:

- Os pido el primer golpe.

(...)

La reina Bramimonda es destinada a ser llevada a Francia para convertirse allí «por amor».

La hueste francesa llega finalmente a Francia. En Burdeos depositan el olifante en el altar de San Severino, y en San Román de Blaya los cadáveres de Roldán, de Oliveros y del arzobispo Turpín. Llegan a Aix (Aquisgrán), y Carlomagno envía a buscar hombres sabios del Imperio para que juzguen a Ganelón. En Aix la hermosa Alda, hermana de Oliveros, pregunta a Carlomagno dónde está Roldán, su novio. Le contesta que está muerto, pero que en compensación la casará con Ludovico, su hijo. Alda eme muerta a los pies del emperador.

(...)Carlos cabalga por valles y montañas; hasta Aix no quiere detenerse. Cabalga hasta que llega al graderío y allí desmonta. En cuanto estuvo en su palacio soberano por medio de sus mensajeros convocó a sus jueces bávaros, sajones, loreneses y frisonos; convocó a los alemanes, a los borgoñones, a los pictavinos, normandos y bretones y a los más sabios que hay de los de Francia.

Ahora empieza el proceso de Ganelón. El emperador ha regresado de España y llega a Aix, la mejor sede de Francia; sube al palacio y entra en la sala. He aquí que se le ha acercado Alda, una hermosa dama, y le dice al rey:

- ¿Dónde está el capitán Roldán, que me juró tomarme por compañera?

Carlos tiene dolor y pesar; lloran sus ojos y mesa su blanca barba.

- Hermana, amiga querida, me preguntas por un hombre muerto. Te daré una ventajosa compensación: es Luis, no te podría decir otro mejor; es mi hijo y poseerá mis marcas.

Alda le contesta:

- Estas son para mí palabras extrañas. No quiera Dios ni sus santos ni sus ángeles que yo siga viviendo después de Roldán.

Pierde el color y cae a los pies de Carlomagno: al instante ha muerto. ¡Dios tenga piedad de su alma! Los barones franceses la lloran y la lamentan.

(...)

Los barones del Imperio interrogan a Ganelón, quien se defiende afirmando que él no ha cometido traición alguna, sino que se ha vengado de las injurias de su hijastro Roldán. Y, tras deliberar, los barones deciden que Ganelón sea absuelto y puesto en libertad.

Terrín de Anjou se presenta ante Carlomagno y se brinda a combatir contra quien le desmienta que Ganelón es un traidor. Pinabel de Sorenza, pariente de Ganelón, se ofrece para luchar contra Terrín. El emperador exige rehenes en prenda, y en esta calidad se comprometen treinta parientes de Ganelón. En un prado de Aix se celebra el combate singular entre Terrín y Pinabel, y aquél mata a éste. Son ahorcados los treinta parientes de Ganelón que se ofrecieron como rehenes, y el traidor es descuartizado por cuatro caballos a los que atan sus pies y sus manos.

La reina Bramimonda, bien adoctrinada con sermones y ejemplos, pide el cristianismo, es bautizada y se le impone el nombre de Juliana.

Cuando, acabado todo, Carlomagno dormía en su cámara de Aix, se le apareció el ángel Gabriel y le ordenó, en nombre de Dios, que reuniera su hueste para ir a la tierra de Bira a socorrer al rey Iván, en Infa, que está sitiado por los paganos. El emperador, que no quisiera ir, se exclama, llora y se mesa las barbas. Y aquí acaba la gesta.

Pinabel comparece ante el rey: es grande, fuerte, valeroso y rápido: al que asesta un golpe, ha acabado sus días. Dice al rey:

- Señor, vuestro es el pleito: ordenad que cesen los rumores. Veo aquí a Terrín, que ha emitido su juicio; si le acuso de falsedad, combatiré contra él.

Le pone en la mano el guante diestro de piel de ciervo. Dice el emperador:

- Exijo buenas garantías
Treinta parientes le juran lealtad.
Dijo el rey:

- Os lo dejaré en libertad.

Ordena que sean vigilados hasta que se haya hecho justicia. Cuando Terrín ve que ahora habrá batalla, ofrece a Carlos su guante diestro. El emperador lo deja en libertad como prenda; luego hace llevar cuatro bancos a la plaza para que se sienten los que van a combatir. Han sido bien citados, según la opinión de los más. Ogier de Dinamarca llevó los tratos. Y luego piden sus caballos y sus armas.

Cuando están reunidos para la batalla han sido confesados, absueltos y bendecidos, han oído misa y comulgado; dejan grandes ofrendas en los monasterios.

Regresan los dos ante Carlos con los pies calzados con las espuelas, vestidos con las lorigas blancas, fuertes y ligeras, con los yelmos brillantes colocados en las cabezas y ceñidas las espadas con el arriaz de oro puro; penden de sus cuellos los escudos acuartelados y en la mano diestra llevan las cortantes lanzas. Montan en sus veloces caballos. Entonces lloran cien mil caballeros que, a causa de Roldán, sienten lástima de Terrín.

Dios sabe bien cuál será el final. Bajo Aix la pradera es muy ancha. Ha empezado la batalla de los dos barones; ambos son hombres de gran valor y sus caballos veloces y ágiles; los espolean bien y sueltan las riendas y con gran brío acomete cada uno al otro. Rompen y hacen trizas los escudos, desgarran las lorigas y cortan las cinchas; los arzones voltean y las sillas caen a tierra. Los cien mil hombres que los contemplan están llorando. Los dos caballeros están en el suelo. Ágilmente se ponen en pie. Pinabel es fuerte, rápido y ligero. El uno acomete al otro; ya no tienen caballos. Con las espadas de arriaz de oro puro se dan y se golpean en los yelmos de acero: son tan fuertes los golpes que destrozan los yelmos. Los caballeros franceses se lamentan:

- ¡Dios —dice Carlos—, haz brillar la justicia!

Dijo Pinabel:

- ¡Terrín, ríndete! Seré tu vasallo con amor y con fe; te daré lo que te plazca de mi hacienda; pero haz que Ganelón se reconcilie con el rey.

Responde Terrín:

- No aceptaré el consejo. Sea yo traidor si lo consiento. Que Dios haga hoy justicia entre nosotros dos.

Dijo Terrín:

– Pinabel, eras muy valiente, eres grande, fuerte y tu cuerpo está bien moldeado; tus pares conocen tu valentía: ¡deja ya esta batalla! Te haré reconciliar con Carlomagno; de Ganelón se hará tal justicia que no habrá día que no se hable de ello.

Dijo Pinabel:

– No lo quiera Nuestro Señor; quiero defender a todos mis parientes; no retrocederé ante ningún hombre mortal; prefiero morir a que ello me sea reprochado.

Empiezan a darse golpes con las espadas sobre los yelmos gemados de oro, vuelan al cielo las chispas. No pueden separar-los: sin que haya un hombre muerto no puede llegar el fin. AOI.

Muy valiente es Pinabel de Sorenza, golpea a Terrín en el yelmo de Provenza, saltan las chispas que prenden en la hierba. Le dirige la punta de la espada de acero y la hace descender por la frente y le corta el yelmo en mitad del rostro; tiene la mejilla derecha toda ensangrentada y la loriga desde la espalda hasta el vientre. Dios le protege pues no se derrumba muerto. Al ver Terrín que tiene el rostro herido y que la sangre cae muy clara sobre el prado herboso, golpea a Pinabel sobre el yelmo de acero bruñido, se lo ha roto y hendido hasta el nasal y le ha derramado los sesos de la cabeza. Extrae la espada y lo derriba muerto. Con este golpe la batalla se ha ganado. Gritan los francos:

– ¡Dios ha hecho un milagro! Bien justo es que Ganelón sea colgado con sus parientes, que han respondido por él.

Cuando Terrín hubo ganado la batalla llegó el emperador Carlos acompañado por cuarenta de sus barones y] el duque Naimón, Ogier de Dinamarca, Godofredo de Anjou y Guillermo de Blaya. El rey toma a Terrín entre sus brazos y le limpia el rostro con sus pieles de marta, luego se las quita y le arroja con otras. Lentamente desarman al caballero; lo hacen montar en una mula de Arabia y regresar con alegría y pompa. Llegan a Aix y desmontan en la plaza. Ahora empieza la matanza de los otros.

SUPPLICIO DE GANELÓN

Carlos convoca a sus condes y a sus duques:

– ¿Qué me aconsejáis sobre los rehenes? Vinieron al proceso por Ganelón y fueron entregados en prenda por Pinabel.

Contestan los francos:

– ¡En mala hora quede ni uno vivo!

El rey ordena a su veguer Basbrún:

– Ve y cuélgalos a todos en un árbol de mala madera. Por esta barba canosa, si se escapa uno serás muerto y aniquilado.

El otro le responde:

– ¿Qué otra cosa podría hacer?

Con cien sirvientes los conducen a la fuerza; y cuelgan a treinta de aquellos. Quien traiciona se mata a sí mismo y a los demás.

Luego regresan los bávaros, alemanes, pictavinos, bretones y normandos. Han decidido, sobre todo los francos, que Ganelón muera de manera cruel: hacen traer cuatro caballos y lo atan a ellos por los pies y las manos. Los caballos son fogosos y veloces; cuatro sirvientes los incitan hacia una yegua que hay en medio del campo. A Ganelón le ha llegado su perdición; todos sus nervios se le estiran mucho y se le rompen todos los miembros de su cuerpo: sobre la hierba verde se derrama la clara sangre. Ganelón ha muerto como un cobarde traidor. El hombre que traiciona a otro no es justo que se envanezca de ello.

BAUTISMO DE BRAMIMONDA

Una vez que se ha vengado, el emperador llamó a sus obispos de Francia, a los de Baviera y a los de Alemania.

– Tengo en mi mansión a una cautiva noble; ha escuchado tantos sermones y ejemplos que quiere creer en Dios y pide el cristianismo. Bautizadla para que Dios tenga su alma.

Ellos le responden:

– Que sea hecho con madrinas: hay aquí muchas damas nobles y linajudas.

A los baños de Aix ha acudido mucha gente y allí bautizan a la reina de España: le han buscado el nombre de Juliana. Es cristiana con pleno conocimiento.

Martín de Riquer y J.M Valverde, Historia de la literatura universal, volumen 2, Barcelona, Planeta, 1991.
DRAE